

Índice de Artículos	Página
El Santuario	1
...Del Señor	2
Una Copa	3
Comparaciones, 2ª parte	6
Peligros de las Asambleas, 2ª parte	9

El Santuario

John Martin

La primera mención del santuario está en Ex. 25:8. Era para ser la morada de Dios en medio de Su pueblo redimido; y el lugar donde debían reunirse para conocer la mente de Dios, "todo lo que Yo te mandare para los hijos de Israel". Estos mandatos debían guardarlos y hacerlos, "Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos?" (Deut. 4:6, 7).

Es importante entender la base justa por la que el pueblo estaba tan cerca y mantenía una relación con Jehová su Dios. Era por virtud de los sacrificios que se ofrecían cada año en el día de la expiación. "Porque en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová", Lev. 16:30.

En los primeros cuatro capítulos del libro de Números tenemos una relación detallada del lugar que debía ocupar la congregación. El tabernáculo debía ser levantado en medio, hacia el este; y acampando delante del tabernáculo de la congregación, al oriente, "Moisés y Aarón y sus hijos, teniendo la guarda del santuario" Num. 3:38. En este orden divino, la presencia de Dios debía ser sostenida en medio de ellos con base en los sacrificios ofrecidos por el sacerdocio, a través de cuyos tipos Dios les proclamó Su gracia hasta el tiempo cuando Cristo, el anti-tipo, debía ser manifestado (Heb. 9:9-10). Entonces, este santuario terrenal, con todo su servicio lleno de rituales, debía terminar, y Cristo, por medio de Su sacrificio único en el Calvario por los pecados, y Su resurrección y ascensión gloriosa, se convirtió en el centro de la reunión de la asamblea, como Él mismo dijo, "Porque donde están dos o tres congregados en Mi nombre, allí estoy en medio de ellos" (Mat. 18:20). En el libro de Josué leemos, "Toda la

congregación de los hijos de Israel se reunió en Silo, y erigieron allí el tabernáculo de reunión, después que la tierra les fue sometida", Josué 18:1. ¡Y no es de extrañar, ya que tenían el poder y la gloria de Dios en medio de ellos! Fue la promesa de esta presencia divina lo que calmó el corazón de Moisés en el desierto. "Mi presencia irá contigo, y te daré descanso" (Ex. 33:14). Dios, de Su plenitud infinita, se deleita en satisfacer las necesidades más profundas de todo Su pueblo, a través de Su Hijo. "Por cuanto agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud", Col. 1:19. De Su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia, o gracia en sus etapas sucesivas, para satisfacer nuestras necesidades a lo largo de la jornada de la vida. "Por lo cual puede también salvar perpetuamente (hasta la terminación) a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Heb. 7:25).

David conocía el valor y el apoyo de la provisión desde el santuario. Él había tenido muchas pruebas en los días nublados de su vida, pero sabía a Quién recurrir. "Dios, Dios mío eres tú; de madrugada (fervientemente) te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas, para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario. Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán. Así te bendeciré en mi vida; en tu nombre alzaré mis manos. Como de meollo y de grosura será saciada mi alma, y con labios de júbilo te alabará mi boca, Cuando me acuerde de ti en mi lecho, Cuando medite en ti en las vigiliass de la noche. Porque has sido mi socorro, y así en la sombra de tus alas me regocijaré. Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido" (Sal. 63:1-8). ¡Qué descanso debió haber sido para David el santuario! Cuando Dios prometió encontrarse con Su pueblo en gracia con abundantes provisiones, el

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

poder y la gloria en el santuario indicarían la capacidad de Dios para sustentar al alma sedienta. El poder de Dios en la creación material, por ejemplo, una tormenta, podría bien hacer temblar al corazón más valiente (Ver Job 37:1-5). En el santuario, sobre el fundamento de la redención, vemos Su poder o capacidad, accionado por amorosa misericordia, para sostener y fortalecer en la hora de la prueba y necesidad. “Poder y gloria en Su santuario” (Sal. 91:6), la fortaleza impartida por el testimonio, y la belleza conferida sobre nosotros, la belleza de carácter para que podamos llegar a ser como Cristo, manso, humilde, sufrido. Es bueno para nosotros acercarnos a la gracia, para ayudarnos en tiempos de necesidad desde el santuario (Heb. 4:16). Pablo en su prueba ante el rey Agripa testificó, “Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: Que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles” (Hech. 26:22, 23).

Si permitimos que nuestras mentes estén ocupadas con las cosas terrenales, tales como la prosperidad de los impíos, y codiciamos su riqueza y su ostentación de vida, vamos a ser muy miserables e infelices, como el escritor del Salmo 73. Sin embargo, él recuperó el equilibrio, “Hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos. Ciertamente los has puesto en deslizaderos; en asolamientos los harás caer”. Cuando miramos las cosas desde la luz del santuario, vemos que los incrédulos más favorecidos perecerán, que la ira de Dios está sobre ellos. No envidiaremos más a los tontos que viven sin Cristo y sin Dios en el mundo. El salmista se dio cuenta el bien de acercarse a Dios: cuando nos acercamos a Dios, Él se acerca a nosotros, Stgo. 4:8.

“Vieron tus caminos, oh Dios; los caminos de mi Dios, de mi Rey, en el santuario” (Sal. 68:24). Esto puede referirse a la procesión triunfal del arca (Num. 10:35-36), con la presencia de Dios al frente, y todas las tribus en orden siguiéndola con alabanza y oración, “Temible eres, oh Dios, desde tus santuarios; el Dios de Israel, él da fuerza y vigor a su pueblo. Bendito sea Dios”. Esto correspondería con lo que tenemos en Hechos, la Iglesia en su unidad y orden; y el gran poder que asistió el ministerio de los apóstoles. ¡Qué triunfo glorioso vemos en toda la vida y testimonio de Pablo! El Señor Jesucristo fue honrado, y Pablo pudo decir, “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo”. Al igual que aquellos de los Salmos, él abundó en oración y acción de gracias a Dios. “Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento”, 2 Cor. 2:14.

En la creación material el poderoso relámpago es acompañado por el trueno, así, en una forma espiritual, vemos el poder de Dios acompañando la predicación del

Evangelio. “Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros”, 1 Tes. 1:5. Oremos que mucho de ese poder pueda acompañar la predicación del Evangelio. El apóstol sabía por experiencia el valor del santuario, cuando pidió las oraciones de la Asamblea. “Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros”, 2 Tes. 3:1.

La Ley comienza con mandatos y termina con bendiciones; pero las bendiciones son fruto de ramas altas, que el hombre caído nunca puede alcanzar: él no puede y no va a subir al árbol. El Evangelio, por el contrario, inicia con promesas; y las promesas dan a luz a preceptos. La Ley demanda justicia; el Evangelio se deleita en misericordia por medio de la justicia satisfecha. Moisés bendice al hacedor de la ley; Jesús perdona al culpable y salva al perdido.

R.C. Chapman

... Del Señor

F. G. Watson

1 Corintios 11:26

La Muerte del Señor – 1 Corintios 11:26

Cuando hablamos de la muerte del Señor debemos ser muy cuidadosos con nuestro lenguaje, para que al tratar de ensalzarla no utilicemos un lenguaje indigno de ella. Aunque su muerte fue una muerte verdadera, sin embargo, fue diferente a cualquier otra muerte. La muerte sólo reclama a nuestros amigos cuando, sin éxito, se ha hecho todo en el poder humano para impedirla. En el Calvario, la muerte tuvo que hacerse a un lado y esperar respetuosamente hasta que el Señor Jesús entregó Su espíritu voluntariamente; Su muerte fue un sacrificio voluntario por el pecado, porque Él dijo: “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar”. (Juan 10:18). Algunos dicen que fue una muerte de mártir. Los mártires mueren cuando pueden salvar sus vidas solamente violando su conciencia, y una recompensa completa será de ellos. Pero nuestro bendito Señor dijo, “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?” (Mat. 26:53). Él tenía el poder de librarse a Sí mismo de Sus enemigos, pero Él fue como

cordero al matadero. Su muerte fue una ofrenda voluntaria de Sí mismo por nuestros pecados.

La Mesa del Señor – 1 Corintios 10:21

La mesa habla de la alimentación y la comunión. ¡Qué tiempo feliz es, en una familia ordenada, cuando después de las diferentes experiencias del día, todos se reúnen alrededor de la mesa familiar, y mientras comen juntos comparten unos con otros las alegrías y pruebas del día! Ninguna mesa puede ponerse separada de la muerte. La semilla ha caído en la tierra y ha muerto, o se ha tomado una vida, a fin de proporcionar alimento, así la mesa del Señor es el resultado de Su muerte; nunca se le llama la mesa del Padre. Todos los que son salvos comenzaron a alimentarse en la mesa del Padre el día que fueron salvos, porque esa mesa es la Palabra de Dios con la que cada cristiano se alimenta. Es su privilegio alimentarse en esa mesa cada día desde que se convirtió en hijo de Dios. Más de un niño ha sido despedido de la mesa de su padre para lavarse las manos y la cara; así por la falta de una visita frecuente al lavacro dejamos de encontrar alimento para nuestra alma cuando llegamos a la Palabra. Sin embargo, es nuestro privilegio alimentarnos ahí, y es nuestra vergüenza si somos despedidos con las manos vacías.

La mesa del Señor no es nuestra mesa. Cada hombre casado tiene una mesa de la cual él es la cabeza, y es responsable de su provisión y de la conducta en ella. Es libre de invitar a esa mesa a todo aquél que él quiera, con dos excepciones. En 2 Juan 10 leemos, “Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido!”- eso se refiere a los que propagan doctrina maligna que es destructiva para la fe. En 1 Cor. 5:11 leemos de ciertas personas, “con el tal ni aun comáis”. Estas personas son las que han sido puestas fuera de la asamblea a causa del pecado. Algunos pueden decir que esa actitud huele a Fariseo, porque la Escritura dice, “Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer”. Podemos ministrar a sus necesidades si tiene hambre, pero no podemos sentarnos y comer con tales personas, no sea que nuestras acciones estorben el efecto deseado de la disciplina. Aparte de estas dos excepciones, el jefe de una casa puede invitar a su mesa a quien él elija. Estaría muy fuera de lugar si el invitado a una mesa comenzara a invitar a otros a ella; de igual manera, ya que nosotros somos los invitados a la mesa del Señor, Su voluntad debe gobernar y todos ahí deben estar en sujeción a Él, e igualmente estaría fuera de lugar para cualquiera invitar a otros a Su mesa. Nuestra responsabilidad es llevar la Palabra de nuestro Señor y Maestro para influir en otros, para que puedan ver su responsabilidad de obedecer Su mandato también.

La Cena del Señor – 1 Corintios 11:20

La Cena del Señor está relacionada con la mesa del Señor. La traducción marginal de este pasaje es “No podéis comer

la Cena del Señor”. Es decir, estaban tan lejos de Dios y en un estado de alma tal, que Dios no podía reconocerla como la cena del Señor en absoluto. La cena nos habla de comunión. ¡Qué necesario que estemos en un estado de alma en comunión con nuestro bendito Señor en Su mesa! Entonces discerniremos,

El Cuerpo del Señor – 1 Corintios 11:29

Esto, en primer lugar, habla de ese cuerpo terrenal que Dios le preparó y con el que llevó nuestros pecados en el madero. ¡Ay, cuántas veces vamos a la cena de Señor, y cuidamos la cena del Señor, pero realmente no tenemos una visión de Su cuerpo! Sin embargo, 1 Cor. 10:17 seguramente también nos dará la idea de su cuerpo místico. “Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo”. Esto sugiere que el pan en la mesa debe recordarnos que somos uno con todos los santos, y que si bien no hay ninguna Escritura para que puedan ser traídos a la mesa del Señor cuando todavía estén en una posición no bíblica, sin embargo es nuestro deber presentar ante ellos su responsabilidad de obedecer a nuestro Señor común.

El Día del Señor – Apocalipsis 1:10

Esto habla del día en el que la cena del Señor deberá ser observada. No es el día de reposo (sábado), y nunca se le llama “el día de reposo cristiano”. Sin embargo, al ser el Día del Señor debe ser apartado para Él tanto como sea posible; todas las obligaciones que no puedan ser atendidas previamente deben observarse después, a fin de que el Día del Señor pueda ser dedicado a Él tan completamente como sea posible. No debe convertirse en un día para ir de picnic o de otras visitas que no sean para Su gloria. Este día está tan mal utilizado hoy por el mundo, que el pueblo de Dios está en peligro de ser arrastrado a la misma manera; Dios es robado y amamos la bendición espiritual que el día debería traernos. Que conozcamos más de lo que es estar en el Espíritu en el Día del Señor.

WIS Nov. 1943

Si actuamos sólo porque nuestro camino está libre de dificultades, esto no es Fe. La Fe actúa sobre la Palabra de Dios, cualquiera que sea la dificultad; y caminar por fe trae más gloria a Dios; pero es crucificando la carne.

R. C. Chapman

Una Copa

Larry Steers

El ejercicio al escribir este artículo es considerar cuestiones recientes con respecto a la copa utilizada en la cena del Señor. Se ha expresado preocupación con

respecto al uso de la copa común de comunión. Específicamente, ¿es posible transmitir contagios por el uso de una copa? A veces esta discusión ha alcanzado un nivel emocional, más que una consideración calmada, tranquila, en búsqueda en la Palabra de Dios. Debemos hacer a un lado nuestros prejuicios y temores y aceptar lo que Dios dice en Su Palabra.

Estamos viviendo en tiempos cuando están siendo cuestionadas las verdades que han sido enseñadas desde que las asambleas fueron plantadas por primera vez en América del Norte. Las ideas nuevas ganan rápidamente popularidad y están siendo abrazadas. Cuando comenzamos a alterar lo que nuestros padres en la fe han establecido, es esencial escudriñar cuidadosamente en oración las Escrituras. El Espíritu Santo nos guiará en esta búsqueda y nos iluminará, pero tenemos que hacer a un lado la intolerancia personal y las ideas preconcebidas y someternos a la iluminación Divina.

¡Qué precioso y significativo es para los santos en la comunión de la asamblea cuando se congregan alrededor de nuestro Señor invisible, pero presente, para guardar Su palabra, “Haced esto en memoria mía” (1 Cor. 11:24). Un pan y una copa puestos ante ellos cada primer día de la semana (Hechos 20:7), dirigen su meditación de una forma poderosa a la persona del Señor y a Sus sufrimientos en la cruz. Juntos y en un espíritu de adoración, en forma individual parten el pan y beben de la copa.

Estos son momentos invaluable durante nuestra breve estancia aquí. Hay un profundo significado espiritual relacionado con la copa única.

Primero visitemos de nuevo el Aposento Alto por unos breves momentos.

Nuestro Señor dio instrucciones a dos de Sus discípulos para preparar el Aposento Alto para la Pascua. Él expresó lo que estaba en Su corazón, “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!” (Luc. 22:15). Esta sería la última vez que iba a cenar con estos hombres antes de la cruz. La profunda angustia del huerto y las sombras de las tinieblas del Calvario estaban delante de Él. Qué poca comprensión de estas palabras parecía penetrar su entendimiento, “Antes que padezca”.

Tradicionalmente existen cuatro copas relacionadas con la Cena de Pascua [séder de Pésaj]. Algunos sugieren que éstas fueron introducidas en una fecha posterior. No se usó una copa durante la Pascua en la tierra de Egipto. En la Escritura no se conoce ninguna copa de Pascua hasta Lucas 22:17. La copa en esta referencia era una copa de Pascua. Las palabras del Señor al pasar esta copa a sus discípulos son reveladoras. Lucas nos dice que “Tomó la copa” (v.17). La copa es un sustantivo singular. Él tomó una copa. Observe las instrucciones del Señor “Tomad esto, y repartiadlo entre vosotros”, v.17. El pronombre singular “esto” se refiere al sustantivo singular

“copa”. Los discípulos reunidos con el Señor en el Aposento Alto no dudaron en compartir esta copa de Pascua. Una copa común no sería rara para ellos.

La Pascua termina en Lucas 22:18. Las palabras “después de la cena” (Lucas 22:20) se refieren a la Pascua, y por lo tanto indica que esta Cena fue instituida después de que había sido observada la Pascua.

El Señor sabía en Su propio corazón que estos momentos en el Aposento Alto abarcarían mucho más que la Pascua. Después de que se había observado la Pascua, el Señor puso pan y una copa ante ellos. Esto representó un acto único, distinto de cualquier Pascua anterior que jamás habían presenciado. Él tomó el pan y dio gracias diciendo, “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí” (Lucas 22:19). A continuación, tomó la copa y dio gracias por ella con las palabras, “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama” (Lucas 22:20).

Mientras que estos hombres tenían poca profundidad de entendimiento en ese momento, a nosotros ciertamente se nos permite apreciar el espíritu de comprensión y adoración que impregnaron la habitación la primera vez después de Su muerte, resurrección y ascensión, cuando ellos se sentaron juntos y contemplaron el pan y la copa. Quizá no somos negligentes al sugerir que corrieron las lágrimas y fueron tocados los corazones mientras se elevaba una adoración inteligente al Señor ascendido en el Cielo. Mientras que Él estaba corporalmente presente en ese Aposento Alto en la institución de la cena, cada primer día de la semana sucesivo ellos tendrían un sentido profundo, precioso de Su presencia invisible. Se trata de la Cena del Señor y Él está presente cuando Su pueblo se congrega para recordarle.

Durante esa noche de Pascua en la tierra de Egipto el cordero fue sacrificado y se aplicó la sangre a los postes de la puerta y al dintel (Éxodo 12:22). Hay ocho Pascuas registradas en la Biblia, donde se dan detalles de su observancia. Nunca se aplica de nuevo la sangre, como lo había sido en la tierra de Egipto. Esto nos recuerda que, “En la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9:26). Su preciosa sangre fue derramada una vez. Esa copa nos recuerda de esa una vez para siempre del derramamiento de la sangre, como el fundamento de la comunión con el Señor y con otros, ya que cada uno participa de la copa única. Una copa es una clara declaración de lo que une a los que participan de ella.

Hay once menciones en las Escrituras refiriéndose con la copa relativa a la Cena del Señor. Aquí están listadas:

1. Mateo 26:27, donde “copa” es singular. El Señor dijo, “Bebed de ella todos”. “Ella” es un pronombre singular refiriéndose a la única copa.
2. Marcos 14:23, “copa” es singular. “Bebieron de ella todos”. “Ella” es un pronombre singular refiriéndose

- a la copa. Los discípulos bebieron de una copa común. “Ella” aparece dos veces en este versículo. [N. del T. En el original griego y en algunas versiones].
3. Lucas 22:20, “copa” es singular y se repite dos veces aquí.
 4. 1 Corintios 10:16, “copa” es singular.
 5. 1 Corintios 10:21, “copa del Señor”. Copa es singular.
 6. 1 Corintios 11:25, “tomó también la copa”, y “esta copa es el nuevo pacto en mi sangre”. Las dos veces “copa” es singular.
 7. 1 Corintios 11:26, “bebiereis esta copa”, una vez más, copa es singular.
 8. 1 Corintios 11:27, “copa” es singular.
 9. 1 Corintios 11:28, “copa” es singular.

Estos versículos enseñan claramente que el Señor tomó una copa, dio gracias por una copa, mandó a Sus discípulos beber de una copa. Ellos respondieron y bebieron de una copa. Observe una vez más que en 1 Cor. 10:16, la copa es singular. Aquí es llamada por el Espíritu Santo, “la copa de bendición”. Esto habla al corazón del creyente de todas las ricas bendiciones de la redención poseídas por la muerte de Cristo. Qué inmensurablemente vasto es el amor, la gracia y la misericordia de Dios al proveer bendiciones que los creyentes poseen eternamente a través del derramamiento de la preciosa sangre de Cristo (1 Juan 1:7).

En 1 Cor. 10 se menciona primero la copa, pero en el capítulo 11 el pan es considerado por el Espíritu Santo antes que la copa. El capítulo 11 es el orden histórico de la introducción en el Aposento Alto. El orden se invierte en el capítulo 10, ya que el énfasis ahí es la base de nuestra comunión con Dios y con cada creyente presente en la Cena del Señor. “Bendecir” (eulogeo) (1 Cor. 10:16) la copa es hablar bien de ella, con agradecimiento y adoración por su significado.

Maravillosas palabras se registran, “¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?” (1 Cor. 10:16). La palabra comunión (koinonos) significa “tener en común”. Esta palabra indica la gran plenitud de la redención común que es la posesión de cada uno de los santos congregados. Nuestra asociación en conjunto está fundada firmemente en lo que la copa nos recuerda claramente. Es un memorial del “nuevo pacto de Mi sangre” (1 Cor. 11:25).

Todos los creyentes participando de una copa hacen una clara declaración de que todos comparten del único derramamiento de la preciosa sangre de nuestro Señor. Las copas múltiples hacen a un lado esta gran importancia doctrinal de la comunión y compañerismo. A. G. Clarke escribe en “Práctica y Doctrina de la Iglesia” en la página 137, “la práctica moderna de las copas individuales sin embargo destruye bastante el significado de la cena como una comunión”. La unidad y la unicidad de la Asamblea se enseña claramente por todos participando de la copa común.

Algunos creyentes tienen preocupaciones sobre el uso de una copa común. Sienten que existe la posibilidad de contraer una enfermedad cuando se comparte una copa.

Entendemos sus preocupaciones. A estos santos les sugeriría lo siguiente: en primer lugar, que consideren las Escrituras y su significado en oración, como se indicó anteriormente. La Palabra de Dios debe tener prioridad sobre nuestros pensamientos y sentimientos. Además, se han realizado muchos estudios sobre el uso de una copa común. Los resultados de estos estudios varían tanto a favor como en contra, dependiendo mucho de las preferencias y antecedentes religiosos de los autores. Un estudio concluyó, “Sucede que la copa común de comunión es la cosa más libre de gérmenes a nuestra disposición”. Un estudio del Reino Unido en 1989 declaró, “nunca ha sido reportado un sólo episodio de enfermedad atribuido a la copa de comunión compartida”.

La prestigiosa “Revista Americana de Control de Infecciones” declaró, “el riesgo de enfermedades infecciosas por una copa común es muy bajo” (Oct. 1998, Vol. 26, #5) y de nuevo en el mismo artículo, “no hay indicios de ninguna transmisión documentada de cualquier enfermedad infecciosa por el uso de una copa común de comunión”.

Durante los años cuando ciertas enfermedades como la polio y la tuberculosis eran frecuentes y eran contagiadas por muchos, los hermanos seguían utilizando una copa. En una asamblea que conocemos un hermano tenía VIH. Los hermanos cuidadosamente arreglaron que él recibiera la copa al final. En otros casos uno podría considerar a sus hermanos creyentes, y si tuviera gripe quizá sería mejor descansar en cama, o si tuviera herpes labial podría considerar abstenerse de la copa. Sin embargo, hermanos alertas observarían esto y al final les llevarían la copa.

Hay mucha mayor posibilidad de contraer una enfermedad con sólo tocar el picaporte de una puerta, estrechar manos, ir al baño y no lavarse las manos, por el aire que lleva virus y bacterias, por un beso o por el manejo inadecuado de alimentos. La obra del Señor a menudo demanda que uno visite a los santos y pecadores en los hospitales, o los que están en casa con una enfermedad grave. Hay un peligro inherente en todas estas actividades. Pero confiamos en el Señor para que nos preserve, para que la visita sea una bendición a ésos hechos a un lado.

La fe pone la confianza en la Palabra de Dios. David escribió, “¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia! Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas” (Sal. 36:7). Estar bajo la “sombra de tus alas” implica cercanía, contemplación, adoración y protección. Cuando los santos se congregan en respuesta a Su mandato “haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí” (1 Cor. 11:24), la fe abarca la preservación en Su poder omnipotente. La copa habla en voz alta de nuestra unidad

con cada creyente presente, manifestada por todos bebiendo de la copa única.

Mientras nos sentamos “bajo la sombra del deseado” (Cantares 2:3), contemplando el significado del pan y una copa, nos regocijamos que “su fruto fue dulce a mi paladar” (Cant. 2:3).

Edward Denny nos recuerda:

Aunque invisible, cerca de nosotros está siempre
Con la todavía leve voz de amor,
Susurrando palabras de paz para animarnos,
Quitando cada duda y temor.

Los años muchas cosas me han enseñado,
Pero ninguna tan cierta como esta:
Que el abrigo, consuelo, gozo y fortaleza,
Están siempre donde está Dios.

Comparaciones, 2ª parte

Robert Surgenor

Hageo y Zacarías

En el segundo año del reinado de Darío el Señor despertó a dos hombres poderosos, Hageo y Zacarías. Hombres con un mensaje desafiante de Dios. Zacarías, siendo el hombre más joven, tenía un mensaje de esperanza. Habló del Mesías venidero, y del reino que había de ser Suyo en la tierra, cuando el Templo Milenario se construyera y todas las naciones lo reconocerían como Rey de reyes y Señor de señores. Un tiempo glorioso, cuando Israel sería la cabeza de las naciones y no la cola.

Ni tenemos que decirlo, el mensaje de Hageo era muy diferente. Su ministerio duró sólo unos cuatro meses. Él era un hombre mayor, y parecía haber surgido de la nada. Su mensaje era de naturaleza muy desafiante. Era extremadamente contundente. ¡No había “corrección política” alguna en este hombre! Él dijo las cosas como eran.

Hageo estaba sumamente perturbado por la complacencia de la gente, y su manifiesta indiferencia hacia la casa de Dios. Esdras 5:1 registra que ellos profetizaron en el nombre del Dios de Israel. Ese término, “el Dios de Israel” sólo se encuentra una vez en el Nuevo Testamento (Mat. 15:31), pero se encuentra por lo menos 87 veces en el Antiguo Testamento. Encontrará siete veces esta expresión en el Libro de Esdras, y me parece que está relacionado con el testimonio de la nación. El testimonio de Esdras se revivió después de 70 años de desolación. Por lo tanto, estos dos hombres poderosos profetizaron con respecto al testimonio divino.

Cuando Hageo enfrenta a la nación, lo hace con una serie de proclamaciones. Expone su excusa para no trabajar en el templo (Hag. 1:2).

Expone sus caminos desviados (Hag. 1:4).

Expone por qué eran pobres (Hag. 1:5, 6:9).

Los exhorta a trabajar (Hag. 1:8)

Les anima a que el Señor estaba con ellos (1:13)

Les exhorta a ser fuertes (2:4)

Les aclara que el Espíritu permanecía entre ellos (2:5)

Les habla de los juicios futuros y las glorias del Mesías (2:6-9)

El ministerio de este hombre era tremendo. Me pregunto cuántos de nosotros podríamos sobrevivir a un ministerio de tal naturaleza. Estamos viviendo en días de orgullo, como decimos en Virginia, llevamos nuestros sentimientos en nuestros puños. En otras palabras, somos demasiado sensibles, y nos ofendemos fácilmente. ¡El ministerio de Hageo era MUY ofensivo! Vamos a examinar algunos de sus puntos.

En Hageo 1:1 leemos: “En el año segundo del rey Darío, en el mes sexto, en el primer día del mes, vino palabra de Jehová por medio del profeta Hageo a Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y a Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote, diciendo: Así ha hablado Jehová de los ejércitos, diciendo: Este pueblo dice: No ha llegado aún el tiempo, el tiempo de que la casa de Jehová sea reedificada”.

Observe que Hageo desafió a los dos hombres más destacados de ese tiempo, el gobernador y el sumo sacerdote. Así, se dirigió tanto el lado gubernamental como al religioso de la nación. Hageo les informó a estos dos líderes de la débil excusa del pueblo para no construir la casa de Dios, “no ha llegado aún el tiempo”. Bueno, ¿cuándo pensaban ellos que llegaría el tiempo? Su excusa era débil. Oh, sí, tenían mucho tiempo para adornar sus propias casas, pero ningún tiempo para trabajar en la casa de Dios. Ellos eran muy buenos para postergar las cosas necesarias. Solían hacer como un dicho popular en Venezuela, “Nunca hagas hoy lo que puedas hacer mañana”.

Me pregunto cuáles eran sus excusas, ¿diciendo que no había llegado el tiempo para construir? Puede ser una conjetura, pero, ¿podría sugerir algunas cosas que pudieron haber servido como excusa? Permítame. “Bueno, ya sabes, estamos empobrecidos, y los materiales del templo son costosos, así que vamos a esperar hasta que seamos un poco más ricos”. ¿O podría haber sido esto? “Somos pocos en número, así que vamos a esperar hasta que algunos de los niños crezcan para que nos ayuden”. O, “Tú sabes que los vecinos se oponen mucho, y comenzar la obra en este punto sólo los agitará como en los días pasados”.

Cuando el Señor examinó a la iglesia de Éfeso, los reprendió por haber dejado su primer amor (Ap. 2:4), y parecería que tenemos la misma situación aquí. Ellos habían perdido el corazón a través de un enfriamiento de sus afectos al Señor. Se habían vuelto personas autocomplacientes y egoístas. ¡Qué peligroso es el enfriamiento de los afectos al Señor y a Su testimonio! Que

el Señor nos guarde de esto, y nos mantenga cerca de Su precioso costado herido.

Hageo continúa. “¿Es para vosotros tiempo, para vosotros, de habitar en vuestras casas artesonadas, y esta casa está desierta?” (v. 4). ¡Ah, vamos a disfrutar, a tomar la vida fácil! Vamos a sentarnos en el sillón y disfrutemos del trabajo que hemos realizado en nuestras elegantes casas. Ah, si, y ahí está la casa de Dios en una condición lamentable. Hace dieciséis años se puso el cimiento, y luego la maleza y las hierbas se hicieron cargo. ¡Qué desgracia! ¡Qué descenso del testimonio! ¡Qué feliz debió haber hecho esta actitud a sus adversarios!

Sin embargo, a pesar de que sus casas eran de lujo, bajo la superficie las cosas no eran tan prósperas como uno pudiera haber creído. El ceño de Dios estaba sobre ellos, y había habido pérdida de cosechas, y el alimento no era tan abundante como en días pasados. La vestimenta se había vuelto más escasa. ¿Cuál era el problema? Hageo les dio la respuesta. “Buscáis mucho, y halláis poco; y encerráis en casa, y yo lo disiparé en un soplo. ¿Por qué? dice Jehová de los ejércitos. Por cuanto mi casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a su propia casa. Por eso se detuvo de los cielos sobre vosotros la lluvia, y la tierra detuvo sus frutos. Y llamé la sequía sobre esta tierra, y sobre los montes, sobre el trigo, sobre el vino, sobre el aceite, sobre todo lo que la tierra produce, sobre los hombres y sobre las bestias, y sobre todo trabajo de manos” (Hag. 1:9-11). “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gal. 6:7).

Dar a Dios el Primer Lugar

Ahora bien, este mismo principio continúa en nuestros días. Si no damos a Dios el primer lugar en nuestras vidas, no podemos esperar prosperar. Nunca he conocido todavía un santo piadoso que haya, a lo largo de su vida cristiana, buscado primero el reino de Dios y Su justicia, que no tenga paz y gozo inexplicables. Nunca he conocido a alguien así que haya tenido dificultades que no pudiera conquistar. Las palabras de nuestro Señor son verdaderas: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y Su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33). Ahora, ¿a qué se refieren “estas cosas”? Son las cosas que se mencionaron anteriormente en Mateo 6, es decir, la comida y el vestido.

Llegando al mundo, ¿cuáles son sus prioridades? Pues bien, el Señor las ha enumerado por nosotros. Ellos han hecho tesoros para sí en la tierra (Mat. 6:19). ¡Dinero! ¡Dinero! Ellos creen que con dinero se puede comprar lo que quieren. ¡Ellos creen que el dinero es poder! Los que tienen dinero pueden manipular a otros. Incluso creen erróneamente que el dinero puede comprarles la felicidad. El mundo también tiene otras prioridades. Él nos dice las Suyas: “No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?” (Mat. 6:25). Les está diciendo justo lo que

busca el mundo. Estas cosas son las grandes cosas en la vida para los perdidos. Mire a los millones en este mundo presente, y para ellos lo primordial en esta vida es, ¿qué voy a comer, y qué voy a usar? Esta es su preocupación, esto es toda su vida.

Una mujer puede tener un guardarropa lleno de vestidos, pero en la tienda departamental ve uno que le llama la atención. Le atrae grandemente, y ella piensa que impresionará a sus amigas. Tiene docenas de vestidos y sólo un cuerpo, y sin embargo su mente no descansa hasta que compra ese vestido en particular. ¿Lo necesita? No, en lo absoluto, pero ella lo anhela. Es como un opio llevándola a la desesperación, a menos que lo compre. Esa es su vida.

Ahora bien, el cristiano debe ser diferente. Naturalmente, desean estar bien vestidos y también comer bien, pero éstas no son las obsesiones de su vida. Buscan las cosas más importantes. Buscan los intereses de Dios, y al hacerlos, Dios gentilmente les da todas las cosas necesarias de la vida. Un santo piadoso no se inquieta ni se preocupa por el dinero. No se preocupa de dónde vendrá su próxima comida, ni tampoco se preocupa si tendrá suficiente ropa para el resto de su vida. Sus prioridades no son las cosas temporales.

Esta gente en los días de Zorobabel estaba actuando como los Gentiles. Todos estaban preocupados por sus casas, su comida, y su vestido, mientras que la casa de Dios estaba devastada.

El Pueblo Avivado

Por consiguiente, las cosas que se habían convertido la prioridad de sus vidas, Dios comenzó a quitárselas. Los alimentos y la ropa se escasearon, y Hageo los hizo conscientes del por qué habían llegado a una situación tan desesperada. Ellos habían abandonado la casa de su Dios.

Él los desafía a considerar sus caminos (Hag. 1:5,7). Menciona “el Señor de los Ejércitos” cuatro veces, indicando la omnipotencia de Dios para controlar y lograr todas las cosas que Él quiera, fuere lo que fuere.

El resultado del mensaje de Hageo fue tremendo. “Y oyó Zorobabel hijo de Salatiel, y Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote, y todo el resto del pueblo, la voz de Jehová su Dios, y las palabras del profeta Hageo, como le había enviado Jehová su Dios; y temió el pueblo delante de Jehová. Entonces Hageo, enviado de Jehová, habló por mandato de Jehová al pueblo, diciendo: Yo estoy con vosotros, dice Jehová. Y despertó Jehová el espíritu de Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y el espíritu de Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote, y el espíritu de todo el resto del pueblo; y vinieron y trabajaron en la casa de Jehová de los ejércitos, su Dios, en el día veinticuatro del mes sexto, en el segundo año del rey Darío” (Hag. 1:12-15).

¿No es eso tremendo? ¡Qué despertar! ¡Qué cambio! Ellos “obedecieron la voz de Jehová su Dios”. Reconocieron el hecho de que Dios les había enviado a

Hageo con un mensaje justo para ellos, y respondieron favorablemente. ¡Les había dicho que estaban corriendo aquí y allá, buscando sus propios intereses, pero que ahora era el tiempo de salir de sus casas y subir a la montaña para cortar leña para la casa de Dios, y traerla y ocuparse en construirla! También habían tenido cuidado en señalar que si ellos obedecían, entonces el Señor pondría en ella Su voluntad y sería glorificado (Hag. 1:8).

Un mes y veintiún días después, Hageo profetizó de nuevo. “En el mes séptimo, a los veintiún días del mes, vino palabra de Jehová por medio del profeta Hageo, diciendo: Habla ahora a Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y a Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote, y al resto del pueblo, diciendo: ¿Quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su gloria primera, y cómo la veis ahora? ¿No es ella como nada delante de vuestros ojos? Pues ahora, Zorobabel, esfuérzate, dice Jehová; esfuérzate también, Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote; y cobrad ánimo, pueblo todo de la tierra, dice Jehová, y trabajad; porque yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos. Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis. Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos” (Hag. 2:1-9).

Hageo se está refiriendo a un incidente registrado en Esdras 3:10-13. “Y cuando los albañiles del templo de Jehová echaban los cimientos, pusieron a los sacerdotes vestidos de sus ropas y con trompetas, y a los levitas hijos de Asaf con címbalos, para que alabasen a Jehová, según la ordenanza de David rey de Israel. Y cantaban, alabando y dando gracias a Jehová, y diciendo: Porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia sobre Israel. Y todo el pueblo aclamaba con gran júbilo, alabando a Jehová porque se echaban los cimientos de la casa de Jehová. Y muchos de los sacerdotes, de los levitas y de los jefes de casas paternas, ancianos que habían visto la casa primera, viendo echar los cimientos de esta casa, lloraban en alta voz, mientras muchos otros daban grandes gritos de alegría. Y no podía distinguir el pueblo el clamor de los gritos de alegría, de la voz del lloro; porque clamaba el pueblo con gran júbilo, y se oía el ruido hasta de lejos”.

Observe, los hombres ancianos lloraron, pero otros gritaban de alegría. ¿Por qué la diferencia? Bueno, verás, estos hombres ancianos habían visto el esplendor y la grandeza del templo de Salomón, y los jóvenes no. Sólo considere el templo de Salomón por un momento.

El templo de Salomón requirió de 7½ años para construirse, y los esfuerzos de cerca de 180,000 trabajadores (1 Rey. 6:37-38; 5:13-15; 2 Cro. 2:17-18). La mayoría o la totalidad de los vasos santos de oro y plata del tabernáculo estaban con el Arca cuando fueron traídos de la ciudad de David al primer templo de Salomón (1 Reyes 8:4). El Tabernáculo tenía más de 1,500 kilos de oro, valuados en \$90'678,000 dólares y más de 5,000 kilos de plata, con valor de \$5'867,520 dólares.

Los planos del templo de Salomón fueron los de David, y él contribuyó de su propia fortuna personal con 112 toneladas de oro y 262 toneladas de plata para su construcción. Los oficiales del rey también dieron 188 toneladas de oro, 365 toneladas de plata, 3,750 toneladas de hierro, y 685 toneladas de bronce. ¿Se puede imaginar el valor actual de 9'600,000 onzas de oro a \$1,700 dólares la onza? Serían 16 billones, 320 millones de dólares (\$16,320'000,000). Considere la plata a 32 Dls. la onza, 365 toneladas de plata estarían valuadas en \$373'760,000 Dls. Esa fue la donación de David y los oficiales del rey. Si es preciso (como sostienen algunos autores), el total reunido de oro fue 3,750 toneladas, y 37,500 toneladas de plata. Así tendríamos, a valores actuales, \$204,000'000,000 dólares en oro, y \$38,400'000,000 en plata, lo que da un total de \$242,400'000,000 dólares.

Es cierto, se había quitado mucha riqueza del Templo a lo largo de la historia de los reinos de Israel, sin embargo, aún quedaba una enorme cantidad de esplendor, y eso es lo que los hombres ancianos habían visto en sus días de juventud. Ahora que el segundo templo comenzaba, lo veían como nada en comparación, y por eso lloraron. Sin embargo, los hombres jóvenes pensaron que se trataba de un gran evento y gritaron de alegría.

“Los buenos días antiguos” siempre tendrán una tendencia a desanimarnos, no nos animan. Hageo tenía la solución al problema de los ancianos.

En vez de comparar el segundo templo con el primero, les señaló la gloria futura de la nación, y les animó a ser fuertes, porque el Señor estaba con ellos, y Su Espíritu permanecía entre ellos (Hag. 2:4-5). Entonces prosigue a informarles que el Señor, en un día venidero, hará temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca. Él hará temblar a todas las naciones, tanto, que tendrán el deseo de venir a la ciudad de Dios y a la casa de Dios, y que la gloria del templo milenario será mayor que la primera (Hag. 2:6-9).

Así que alentémonos en el Señor y miremos arriba. Que seamos como Abraham, quien esperaba una ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios (Heb. 11:10). Hermanos, el Señor viene, y es mejor antes. Que no estemos siempre quejándonos de lo maravilloso que solía ser, sino más bien que constantemente tengamos “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y

se sentó a la diestra del trono de Dios” (Heb. 12:2). Vamos a ser, “vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir”. Recuerde, “todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:3).

Peligros de las Asambleas, 2ª parte

William Bunting

(Extraído de “Equilibrio Espiritual”)

El Peligro de los Conflictos Locales

Los conflictos locales deben ser confinados a un círculo lo más estrecho posible. En muchos casos, éstos han tenido su origen en pequeños malentendidos y querellas personales. Si no se cortan de raíz, crecerán en abiertas peleas y amistades rotas, de las cuales tenemos muchos lamentables ejemplos en la Escritura. La mosca en la sopa en Filipos era una diferencia entre dos hermanas (Filipenses 4:2). En Corinto eran rampantes los “celos y contiendas” (1 Cor. 3:3). Aún Pablo y Bernabé, amados y devotos colaboradores, tuvieron en una ocasión tal desacuerdo entre ambos que “se separaron uno del otro” (Hechos 15:39).

Las disputas entre cualquiera del pueblo de Dios son muy lamentables. Cuando, sin embargo, involucran a los ancianos, o hermanos ministros que solían compartir la misma plataforma, y sobre todo, cuando terminan en una abierta separación, como fue el caso en Hechos 15, los problemas pueden ser muy graves y de largo alcance. Por lo tanto, no hay tiempo que perder, de cualquier lado, para hacer todo lo posible para tener restaurada la comunión. “Una puntada a tiempo ahorra nueve”. “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, **reconcíliate primero con tu hermano**, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mat. 5:23, 24). Quizá ninguna declaración de Cristo requiera hoy ser más subrayada que ésta. Sugerimos que los versículos deben ser enmarcados y colgados en todo local evangélico.

Se observará que este pasaje se dirige a la persona que ha cometido la falta. En el capítulo 18:15, donde la otra persona está en falta, debe seguirse el mismo curso – “ve y repréndele estando tú y él solos”. Si hay ánimos dispuestos, un verdadero deseo de entendernos, honestidad en “confesar nuestras faltas unos a otros” (por lo general hay errores en ambos lados) y una inclinación con humildad a los reclamos de Cristo, es maravillosa la rapidez con que puede realizarse la reconciliación en muchos casos. Si la reconciliación parece imposible (aunque con los cristianos esto no debería ser), ver que en lo que a usted respecta ha hecho todo lo humanamente posible en el sentido de Mateo 18:15-17 para ganar a su hermano, para que nadie que conozca todos los

hechos pueda decir que usted ha dejado sin explorar cualquier vía hacia una solución feliz y pacífica. Mucho, por supuesto, depende de la conciencia de los que están en disputa. Cuando la conciencia es tierna, uno fácilmente confesará su culpa. Cuando no lo es, sin embargo, habrá reticencia para admitir nada, auto-justificación, espíritu de independencia, y condenación de los opositores.

Es lamentable tener que contar que las páginas de la historia de la iglesia revelan muchos casos en los que los hermanos no han hecho mucho para siquiera levantar un dedo para eliminar los distanciamientos. Los agravios, en vez de ser juzgados en la presencia de Dios y hechos a un lado, se han alimentado y rumiado. Se han hecho acusaciones en contra de viejos amigos de cosas que ignoraban y eran inocentes, y se ha ignorado la clara enseñanza de Mateo 5:23, 24. Los hermanos han sido ignorados, sus sentimientos pisoteados, y la amargura hacia ellos perdura y se lleva hasta la misma tumba. ¿Qué peso puede tener nuestro ministerio público, estando tan bien enseñados, si en la práctica carecemos de los rasgos elementales de civilidad, juego limpio y consideración por los demás?

Emerson bien dijo, “lo que tú eres habla tan fuerte que no puedo escuchar lo que dices”. Es ciertamente un día triste cuando el temor de Dios y la cortesía común de la vida se apartan de una comunidad cristiana. Sin embargo, el aspecto más grave del asunto, es que la parábola del siervo inmisericorde (Mateo 18) nos enseña que un hombre que carece tanto de amor que no puede perdonar a su consiervo, demuestra así que él mismo nunca ha experimentado el perdón divino.

Peligros en la Comunión entre las Asambleas

En cuanto a la comunión de las asambleas, no olvide que cada asamblea es directamente responsable al Señor, y dependiente de Él para todas sus acciones. Cada una tiene la autoridad bíblica para juzgar sus propios asuntos, pero no las cuestiones de otras asambleas, como se ve en Apocalipsis 2 y 3. Sin embargo, observe que cuando se reprende el mal en una, todas las demás iglesias están llamadas a prestar atención a la advertencia del Espíritu. La Escritura no sabe nada de asambleas unificadas, como ya lo hemos visto, pero enseña que debemos fomentar una comunión cercana de las asambleas.

Por lo tanto, en la medida que todo sea consistente con la justicia, que cada asamblea respete y acate las decisiones de otras asambleas, en todos los asuntos de recepción, recomendación y disciplina. “Las palabras de Efesios 4:1-3”, dice John Bloor, “expresan la complacencia del Espíritu en que mantengamos todos los vínculos que se puedan mantener ante las dificultades, la oposición y las tribulaciones”. ¡Qué afligido debe estar el Señor por lo tanto cuando algunos se abren paso introduciendo cosas de las que

no todos están felices, sabiendo muy bien que significará la pérdida de la paz y la comunión entre el pueblo de Dios!

Nunca se debe permitir que se divulguen e involucren otras asambleas en los conflictos locales, lo que fue el tema de la sección anterior. Esta ha sido una de las grandes debilidades del sistema exclusivo. Cuando ocurre una división entre dos asambleas, el resto de las asambleas en la confederación “juzgan la cuestión” y deciden de qué lado están. Así, se vuelve global la división; porque la asamblea A no sólo “corta” con la asamblea B, con la que tiene diferencias, sino con toda asamblea que esté de acuerdo con la asamblea B; y todo predicador que se atreva a visitar la asamblea B, o cualquier reunión que esté asociada con ésta, también es “cortado” automáticamente. El resultado es que se forma un nuevo círculo de comunión. Dicen que esto debe ser una cuestión de “principios”. Lo que nos preocupa, sin embargo, es que esta no es la enseñanza de la Escritura. “Sería bueno”, dice H. I. Barker, “si todos nosotros habláramos menos de ‘observar los principios divinos’ y prestáramos más atención, como Pablo lo hizo, de ‘guardar los mandamientos de Dios’ (1 Corintios 7:19)... Los principios pueden ser muy nebulosos; los mandamientos son concretos”. Por mucho que valoramos la unidad de mente (1 Corintios 1:10), nuestra comunión con otras asambleas no depende en lo absoluto de estar de acuerdo con ellas en todos los detalles cuando surgen las dificultades y conflictos. Esta tendencia al exclusivismo es el padre de la división, y en algunos sectores ha causado estragos en la comunión entre las asambleas. Guárdese contra esto.

La Preciosidad de la Asamblea

Aún una breve consideración de la preciosidad para Dios de una asamblea constituida bíblicamente, nos impresionará la necesidad de vigilancia contra estos muchos peligros. Es llamada la “iglesia de Dios” (Hechos 20:28, etc.), ha sido plantada por Él. Es congregada en el Nombre de Cristo (Mateo 18:20). El Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo moran en ella (2 Corintios 6:16; Mateo 18:20; 1 Corintios 3:16). Su precio de compra fue la propia sangre del Señor, y es el cuidado especial del Espíritu Divino (Hechos 20:28). Los ángeles observan su orden con interés (1 Corintios 11:10). Es el testimonio de Dios en el mundo –“columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3:15), y es comparable a un vaso del metal máspreciado, el oro (Ap. 1:20) ¡Qué grande es entonces el pecado de despreciar una asamblea, a menos que se haya demostrado fehacientemente que tolera voluntariamente la inmoralidad o la falsa doctrina, que comenzó en división (Rom. 16:17), o que haya una clara evidencia que el candelero ha sido quitado! ¡Qué grande es también el pecado de causar problemas en ella, o dañar de cualquier manera la paz y la simple belleza de una asamblea! No sólo eso, sino ¡qué grande debe ser el cuidado ejercido por los hermanos responsables en materia

de recepción a una asamblea! Porque una asamblea es justo la suma que hacen los santos en forma individual. Por lo tanto, debemos cuidarnos de la laxitud en la recepción. Es de temer que bajo la máxima de A.N. Groves de que “la vida, y no la luz, es la base de la comunión”, casi cualquier persona que profesa ser cristiano en algunos sectores puede partir en pan cuando acomoda la ocasión. Tal laxitud está llena de peligros. Otros van al extremo opuesto y se vuelven legales en la recepción.

Hemos sabido de piadosos, encomiables siervos de Cristo –hombres de carácter excelente y sanos en la fe, que por años han dado lo mejor de sí al Evangelio- que se les ha negado un asiento en la Cena del Señor, y se les ha hecho sentarse atrás con los impíos, por haber tenido comunión –no en una secta o una misión no bíblica- sino en otra asamblea congregada en el Nombre del Señor, que no fue aprobada. ¡Qué injusto es que amados hermanos misioneros que han estado fuera durante años, y que por lo tanto no están familiarizados con las dificultades y divisiones que han surgido durante su ausencia en su país de origen, deban ser penalizados tan severamente por hacer una visita temporal a una reunión que no está bajo una lista humanamente acreditada de la asamblea!

Se sugiere, querido pueblo de Dios, que si tenemos más del temor de Dios en nuestros corazones, y un conocimiento más profundo de Su Palabras y sus caminos, debemos andar más suavemente, y con más gracia y sabiduría, en Sus asambleas. Las acciones prepotentes, autoritarias, y arbitrarias no pasarán desapercibidas a nuestro Dios. El que aniquiló a Nadab y Abiú (Lev. 10:2), Uza (2 Sam. 6:7), y Uzías (2 Cro. 26:20), en vindicación de Su gran santidad, aún vive; y aún en tiempos modernos no faltan los ejemplos de Su manifiesto desagrado.

Para terminar este capítulo, le ruego que pregunte: “¿Qué derecho tiene cualquier hombre, u hombres, para dividir las asambleas del amado pueblo de Dios, o para asumir una especie de señorío sobre ellas?” En vista de la brevedad del tiempo, la inminencia del regreso de Señor, y la solemnidad de Su Tribunal, que Dios nos lleve a orar por la unidad, la santidad, y la paz de Sus queridos hijos en todas partes. Apelo a vosotros, amados en Cristo, “Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos” (1 Cor. 16:13). ¡Oh, que nuestro Dios levante a más hombres con “preocupación por TODAS las iglesias” (2 Cor. 11:28) en sus corazones, al igual que el amado Pablo, hombres de equilibrio, sabiduría, madurez, y visión, que discernan los peligros de los extremos no bíblicos, ya sea en una dirección o en otra, que señalen el camino de Dios con su vida y con sus labios, diciendo, “Este es el camino, andad por él”!

La Serie de artículos de “Jonás” de nuestro hermano Steve Walvatne continuarán en la siguiente emisión.